REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 19 DE JUNIO DE 1922 | No. 13

El clericalismo católico

Señor Editor del
REPERTORIO AMERICANO

POR cartas de personas que me honran con su recuerdo, me enteré de que un diario de esa localidad recogió y publicó el rumor de una conversión al catolicismo realizada por quien suscribe.

¿Me permitirá Ud. un breve espacio en las páginas de su ilustrada revista para denegar enfáticamente esa aserción?

Si por catolicismo no se hubiese dejado—siglos hace ya—de comprender la catolicidad de la fraternidad humana, años há que católico hubiera sido. Pero en un país donde los representantes autorizados del catolicismo sólo saben odiar con fervor y carecen de la cultura necesaria para corregir enseñando, para cautivar con su sabiduría o su elocuencia las curiosas e indómitas mentes de la juventud, un joven de cierto entendimiento no puede ser católico. Y más tarde en la vida, si se ha tenido—como felizmente tuve yo—tiempo y gusto por el estudio de las religiones comparadas; si se ha logrado descubrir y saborear el deleite incomparable del sentimiento genuinamente religioso, sin relación alguna con las formas limitativas de las religiones positivas de suyo circunscritas a determinados grupos humanos, si se ha tenido la fortuna de recibir, por una vez siquiera, un rayo de la luz espiritual del misticismo, entonces todas las religiones adquieren una encantadora seducción, porque todas nos llevan como de la mano a la inagotable fuente de la sabiduría divina; entonces no se puede ser católico romano, con exclusión de las demás religiones del mundo. Obsérvese que no hay un solo místico que sea católico romano, exclusivamente. Todos adquieren la entonación universal. Por eso los místicos constituyen la pesadilla de la iglesia católica. Ella les hace beatos y santos, contenta de que estén muertos. Mientras vivos, los más conocieron la prisión o la reclusión de los conventos.

La escasísima juventud pensante de ese país no debe olvidar que el romanismo es una fuerte organización política que aspira al gobierno de las naciones donde prevalece. Eso es lo que llamamos clericalismo. Ese es el peligro político que amenaza a esos pueblos: el triunfo de los ultramontanos es la muerte de las libertades públicas. Su perversidad moral es tal, que a sabiendas del profundo error se complacen en poner en juego los sentimientos religiosos de las masas para alcanzar proventos políticos esencialmente clericales. Confunden deliberadamente, los intereses de la religión con los intereses de la casta sacerdotal, cosas que son, no solamente distintas, sino en los más de los casos opuestas.

Mientras la religión abre amorosamente sus brazos para recibir a todos los hombres sin distinción de razas, castas, creencias o color, el clericalismo grita anatemas, excomulga, maldice, condena, calumnia y persigue. La religión ama; el clericalismo católico odia. ¿Quién no ha visto el rojo mefistofélico del odio coronando el púlpito? La religión tiene moradas para todas las almas, para todos los entendimientos, ilustra y da sosiego a todas las conciencias; posee sabiduría para saciar las más hondas y angustiosas ansias de conocimiento del investigador sincero y valeroso. El clericalismo católico, por el contrario, no tiene más que una puerta de entrada para todos y una sola morada sombría para todas las inteligencias. De ahí que tantas, las más sinceras, se devuelven o quedan en el círculo eclesiástico político con numerosas reservas mentales, o por gratitud, o por la inercia de quienes no dan importancia a los asuntos religiosos, considerándolos como impropios de sus altas capacidades y de su ciencia.

Ser católico y ser clerical no es una misma cosa, eso es obvio; pero en ese país el católico está compelido a hacerse clerical; de otra suerte, para el clero, no es enteramente católico, pues que conserva independencia de juicio. Y como el clericalismo condena los principios que en tanta consideración tenemos los hombres que hemos recibido la influencia de la cultura política y social de la época, no veo fácil mi conversión al catolicismo.

¿De dónde el rumor a que dió publicidad el diario a que aludí al principio? Probablemente a causa de la publicación de un ensayo acerca del Misticismo. Mas fuera de que allí se trata esa cuestión en relación con los métodos de investigación de la verdad, el misticismo verdadero, el que es corazón y alma de toda religión, es universal y nada o poca cosa tiene que ver con las organizaciones eclesiásticas de las religiones positivas. Se puede ser místico, sin pertenecer a ninguna iglesia especial. La teología separa las religiones, el misticismo las une, dejando ver la inspiración común a todas ellas. El místico ama la Religión. Y cualquiera que sea el culto que practique, no es para él otra cosa que el vaso predilecto donde se sirve el vino de la sabiduría infinita. Pero él sabe que el vaso no es la sabiduría.

Si la noticia no se hubiese hecho circular con fines aviesos, no me habría detenido un solo instante a rectificarla. Yo no aspiro a ser un hombre consistente con sus opiniones de la juventud. Por el contrario, me esfuerzo en ejercitar el privilegio, humano por excelencia, de pensar. Aun me complazco, en mis horas de reposo, en tratar de pensar y sentir como sintieron y pensaron los hombres de otras edades, de otras civilizaciones, de otras razas, para experimentar el deleite de multiplicar mi ser en la profundidad de mi conciencia.

ROBERTO BRENES-MESÉN

Syracuse, New York, junio de1922.

A LOS AGENTES Y SUSCRITORES DE PROVINCIAS

En lo sucesivo sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada;* que sin ello, suelen perderse.

El costo del certificado lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

La Revolución y la Instrucción Pública en México[1]

POR JOSE VASCONCELOS

(Tomado de *La Reforma Social*, Nueva York, abril de 192?).

LA Instrucción Pública es universal, obligatoria, gratuita y laica en nuestro país, desde que así fué decretado por los Constituyentes y Reformadores del año de 1857. La obra llevada a cabo por la Revolución de 1857 es hasta la fecha, la más trascendental que se ha verificado en México, pues nos dió un código político que garantizaba los derechos del hombre en la forma preconizada por la Revolución Francesa y consumó la separación de la Iglesia y del Estado. A la vez que separó la Iglesia del Estado, verificó la confiscación de las propiedades del clero. Esta trascendental reforma que todavía no se lleva a cabo ni en Colombia, ni el Perú, ni en Chile, es el comienzo de la existencia de México como país moderno. Todo adelanto hubiera sido imposible si el clero hubiese seguido poseyendo las tres cuartas partes del territorio nacional, como acontecía antes de la reforma, y mientras no se confisquen los bienes del clero en Colombia, en el Perú y en Chile no será posible realizar ningún progreso efectivo en esas naciones.

Los Reformadores del 57, después de separar la Iglesia del Estado y de garantizar los derechos del hombre, decretaron la instrucción obligatoria y laica, como antes se ha dicho, y pensaron que iba a bastar con esto para lograr la regeneración del país. Sin embargo, hubo dos obstáculos que hicieron negativa o que por lo menos aplazaron la obra de los Reformadores. Fué el primero, la tiranía militar establecida por el General Porfirio Díaz que dejó sometidos al capricho del dictador todos los derechos de los mexicanos; y el segundo, la constitución de una clase capitalista que al amparo de la dictadura sustituyó al clero católico en la posesión de las grandes haciendas o propiedades rurales, y de las fincas de las ciudades, de las minas, y, en general, de todas las fuentes de riqueza. Unos cuantos mexicanos asociados a un gran número de extranjeros, comprando con obsequios de acciones, la tolerancia de Porfirio Díaz, llegaron a posesionarse de todas las fuentes de riqueza del país, y así se constituyó una feroz tiranía militar y capitalista que hizo retroceder al pueblo mexicano, política, social y económicamente. El clero católico de un modo instintivo y natural, celebró pacto íntimo con el porfirismo y se constituyó en su defensor y aliado. La educación pública en estas condiciones tenía que ser falsa, limitada y carente de alientos. En las principales ciudades se construyeron unas cuantas casas feas, que hoy pueden verse ya en ruinas, después de solo 20 ó 30 años de construídas, y en ellas se erigieron colegios para un reducido número de personas, a las que se enseñaba una ciencia de imitación que se perdía en palabras rumbosas, sin llegar jamás al fondo de los hechos, porque ni la verdad científica, ni la verdad social, ni ningún género de verdad puede desarrollarse bajo la opresión y la dictadura. Estas escuelas a semejanza de la Universidad contemporánea de Caracas, sólo sirvieron para producir uno que otro triste pedante a lo Vallenilla Lanz [1] de Venezuela, pedantes que no tienen más misión que justificar todas las torpezas y todos los crímenes del amo que los pagaba. La población pobre y la más desvalida de las ciudades quedó completamente abandonada, no conoció la escuela y en 30 ó 40 años de paz, de paz con dinero, porque aquel gobierno hacía gala de tener oro depositado en sus arcas, no se enseñó ni siquiera a leer al pueblo mexicano. Las estadísticas de la época arrojan un porcentaje de 85 por ciento de analfabetismo, y la revolución contemporánea ha heredado del porfirismo este enorme problema de la desanalfabetización de todo un pueblo.

El porfirismo como todo el mundo sabe fué derrocado por la revolución acaudillada por Madero, pero una contra-revolución verificada por los elementos militares del porfirismo, hizo caer al Gobieno de Madero, encumbrando, primero a Huerta, un héroe de cuartel, y después a Carranza, un antiguo Senador porfirista que aprovechando momentos de confusión nacional se hizo nombrar Jefe de la Revolución, y el pueblo lo aceptó para oponerlo a Huerta, pero sin darse cuenta de que era un hombre del antiguo régimen, con los mismos vicios y las mismas lacras que se pretendía corregir. Así fué cómo el carrancismo que duró poco más de cuatro años en materia de educación, no hizo sino convertir las pocas escuelas que había en cuarteles. El carrancismo pagó muchos soldados, aumentó enormemente el número de Generales y de tropas, porque Carranza fué impopular siempre, y sólo mediante un ejército mercenario logró sostenerse; de aquí que tuviera que saquear todas las fuentes de riqueza pública, para poder sobrevivir enriqueciendo a sus soldados. De hecho convirtió unas escuelas en cuarteles, cerró otras para convertir los sueldos de los maestros en haberes de tropas; extrajo el dinero de los Bancos para repartirlo entre sus Generales; saqueó los domicilios privados para vestir a sus partidarios más íntimos, y como única propaganda educativa hizo distribuir por todo el país su retrato de General sin victoria, a la vez que mandaba delegados a sueldo, para que informasen a la América Latina que había surgido en México el nuevo Bolívar que unificaría a la raza. Y para darse tono de grandeza, provocaba conflictos verbales con los Estados Unidos, apareciendo como héroe, no obstante que en la mayoría de los casos las dificultades hubieran podido evitarse o se hubieran podido resolver, con verdadera, no sólo con aparente, dignidad. Aquel régimen terminó como era natural que terminase, muriendo Carranza víctima de una traición semejante a las muchas que él consumó en la persona de sus enemigos políticos; tal y como el mismo Carranza había asesinado por medio de una celada vergonzosa al General Emiliano Zapata o como asesinó al General Eugenio Aguirre Benavides, no obstante que le había mandado otorgar salvo-conductos legales.

Fácil es comprender que en toda esta época revolucionaria, la educación estuvo en el más completo abandono, y la tarea de reconstruirla sería casi desesperada, si no fuese porque en todo el país se ha despertado un verdadero afán de instrucción, que nos per-

(1) En este artículo, que hemos recibido de manos del Sr. Carlos Puyo D., periodista colombiano, su autor expone los progresos y retrocesos de la instrucción pública en México desde 1857 hasta el día de hoy, en que, bajo su inspiración y su dirección, se está haciendo en este ramo de la instrucción pública en México una labor verdaderamente extraordinaria por su inteligencia, su magnitud, su actividad, su aspiración y el espíritu democrático que en ella predomina. Es de sumo interés ver cómo la suerte de la instrucción pública en México ha sido desde un principio inseparable de la suerte de la revolución, cómo ha caído y triunfado constantemente con ésta en el curso de más de sesenta años y cómo al fin han alcanzado una espléndida victoria que todos los amigos del progreso, de la libertad y de la democracia no podemos sino desear que sea definitiva.—*La Redacción.*

(1) La persona aquí mencionada no es producto de la Universidad de Caracas (ni de ninguna otra Universidad), aunque merece serlo, pues desde el triunfo del personalismo y la dictadura con Guzmán Blanco en Venezuela, la Universidad de Caracas, con raras y altísimas excepciones, no produce sino parásitos y piratas del despotismo. —*La Redacción.*

mite hacer actualmente progresos tan rápidos que sorprenden al más superficial observador. Casi no hay Estado de la República que no haya duplicado por lo menos su esfuerzo educativo en el período de un año y medio que lleva en el poder la Administración del Presidente Obregón. Las estadísticas condensadas de todo el país arrojan un aumento del 30 por ciento del número de alumnos y de maestros en solo un año del nuevo régimen. Y en cuanto a las sumas destinadas a educación baste decir, que durante el último año del Gobierno carrancista el presupuesto Federal de Educación Pública, fué de cinco millones de pesos, incluyendo en esa suma las cantidades que gastaban los Ayuntamientos del Distrito Federal en el sostenimiento de sus escuelas; en cambio, en el año en curso el presupuesto de Educación asciende a la cantidad de cincuenta millones de pesos, que se están gastando en pagar nuevas escuelas y en la construcción de numerosos edificios destinados a fines de educación.

En cuanto al método pedagógico que se sigue en nuestras escuelas, debo decir que nuestro problema por ahora es de cantidad y no de calidad, y que si bien procuramos seleccionar el profesorado, por lo pronto nos preocupa más multiplicarlo, haciendo llegar a todos los rincones del país un maestro, cualquiera que él sea, bueno o malo, pero que se dedique a trabajar pronto y con tesón. La discusión de los métodos pedagógicos no me preocupa; de sobra sabemos las necesidades de la clase pobre del país, unas cuantas letras y el uso de máquinas que aumenten la efectividad de su trabajo bastará para redimirlos. Los pueblos se redimen como los individuos, por su esfuerzo propio. No nos importa mucho, por lo mismo, la aplicación de teorías y doctrinas pedagógicas europeas; yo veo todo esto como un lujo un poco insultante cuando se piensa en la situación de las masas de campesinos y de obreros que deben ser salvados, antes de que los sabios acaben de ponerse de acuerdo sobre cuál es la mejor doctrina pedagógica. Mas bien considero que estamos dando trabajo a los sabios, trabajos para sus investigaciones futuras, pues quizá dentro de diez o veinte años saquen alguna enseñanza del ensayo apresurado y vigoroso que nosotros estamos verificando. Nuestro programa es de acción y no de discusión. No tenemos inconveniente en que los sabios discutan nuestro proceder, pero no queremos que lo estorben. Para nosotros no hay diferencias de clase ni de condición; procuramos repartir el saber seguros de que las vocaciones individuales se desarrollarán libremente y para beneficio de todos. No queremos escuelas muy elevadas para unas cuantas docenas de alumnos a estilo porfirista, sino muchas escuelas elementales, para que ningún mexicano carezca de la ilustración que es necesaria para subir en la escala social. No nos proponemos constituir una civilización de castas, sino reformar las bases mismas de nuestra organización, suprimiendo todas las castas, borrando la desigualdad económica que existe entre el indio y el blanco, entre el peón y el terrateniente. No queremos producir una civilización asiática, sino un estado moderno en que todos los hombres sean verdaderamente libres, no en papel, como lo hicieron los liberales de la escuela antigua, sino con libertad económica que es la base y el apoyo de todas las demás libertades.

Con respecto a los procedimientos que estamos poniendo en práctica, diré solamente, para no alargarme demasiado, que nuestros trabajos se dividen en tres grandes ramas: tenemos el Departamento Escolar, que se ocupa de sostener y crear escuelas desde la elemental hasta la universitaria, dando preferencia a la enseñanza de los conocimientos rudimentarios y a la ciencia aplicada; tenemos en segundo lugar el Departamento de Bibliotecas, que cuida de llevar libros a todos los rincones de la República, ofreciendo al pueblo la más alta cultura clásica y los elementos más provechosos de la ciencia y la industrias aplicadas a las potencialidades de cada región. En el último año se han creado más de mil bibliotecas en toda clase de poblados donde jamás habían existido; y en tercer lugar tenemos un Departamento de Bellas Artes que se ocupa de organizar en todo el país, orfeones, orquestas, museos, exposiciones de arte, representaciones teatrales y de cine, todo con fines de propaganda del arte elevado y no del arte mediocre y de mal gusto, que generalmente propagan los empresarios que trabajan por lucro y al servicio de la mediocridad burguesa. Resumiendo las orientaciones generales de nuestra enseñanza, podrían reducirse a dos postulados esenciales: primero, la unidad de nuestra raza Hispano-americana que está llamada a constituir uno de los grandes núcleos creadores de progreso en el mundo; y segundo, la necesidad de una organización social, libre y justa en que las desigualdades económicas se resuelvan conforme a reglas de equidad y de humanidad.

EL ENEMIGO DE LA TIERRA

Por ANTONIO CASO

En el primero de los artículos que me consagró el señor Bulnes a propósito de las ideas que vertí en la comida literaria de *El Universal*,[1] manifestó que me había tenido por un hombre de ciencia, pero que mi discurso le hacía dudar de la competencia científica que antes generosamente me otorgaba. En el último de los artículos que lleva publicados, habla su señoría de «LA FALSA CIENCIA DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD». Deploro.—¡con cuánta sinceridad!—haber desmerecido rápidamente en la firme y segura opinión de mi impugnador; pero he de manifestar que ahora coinciden en un punto esencial las opiniones que mutuamente nos hemos formado uno del otro; y que, por mi parte, jamás me ocurrió que el señor Bulnes fuera un hombre de ciencia, sino un disputador profesional. Hoy creo más aun; pienso que es un hombre sin ciencia.

El señor Bulnes padece varias fobias que, en el curso de los años, tórnanse cada vez más enérgicas, dentro de su compleja individualidad psíquica. Tan cordialmente detesta los caracteres de su raza, que, por detestarlo todo, ha llegado a abominar del propio suelo americano, de sus montañas, de sus ríos, de sus lagos, de cuantas peculiares manifestaciones posee nuestro Continente que lo distinguen en el mundo.

Los árabes del desierto, a quienes tanto bien escatimó la naturaleza, llenan su corazón de un inexplicable cariño por la arena sutil y estéril que sólo a muy largos trechos les ofrece algún oasis donde apagar la sed; los pobladores de la estepa aman la monotonía de sus llanos interminables, propicios al desarrollo de su raza, y aun los esquimales, embadurnados de aceite de foca y cubiertos de pieles de fiera, defienden sus escondrijos polares con la salvaje energía de sus entrañas; pero su señoría el Ing. Bulnes, que no tuvo por patria el desierto del árabe ni el polo del esquimal, sino la opulenta tierra de América, no pierde ocasión de calumniarla con los datos que le ofrece la incompleta geografía de hace cincuenta años. Desbarataré, en seguida, los argumentos del geógrafo chancletista (como seguramente se llamará a sí propio el señor Ingeniero, ya que acostumbra usar de ese término para calificar las cosas pasadas de moda, como los epítomes de

(1) Veáse el Nº 9 del tomo en curso del REPERTORIO.

geografía en donde aprendió que la Patagonia es estéril como el Sahara). ¡Curiosa manera la suya de calificar una obra por el desgaste natural que produce el tiempo en los zapatos!

Voy a referirme, en general, a los accidentes geográficos del Continente americano del Sur que habita la raza latina.

Ríos y lagos.—La América Latina es, de todos los Continentes, el mejor regado. Podría nutrir, el sólo, la población total del planeta. ¿Le parecerá al señor Bulnes un pobre país el que cuenta con las más maravillosas de las redes fluviales del Universo? Las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Plata no tienen rival en el mundo, sino en la propia América, en la cuenca del Mississippí. «Los lagos del antiguo Continente son estanques, y sus ríos, arroyos, si se les compara con los de América», asienta el gran Diccionario de Larousse.

Dijo Pascal en una frase célebre: «un río es un camino que anda.» ¿No le parecerá al señor Bulnes que bien puede echarse a correr gallardamente por nuestros ríos americanos la civilización derivada de Roma, que España y Portugal nos trajeron con la Conquista?

¿Sabrá, por ventura, el enemigo de la inocente tierra americana que, a la orilla de los grandes ríos del Viejo Mundo nacieron las civilizaciones más ilustres, como la egipcia en el Nilo, la indostánica en el Ganges y el Indo, la caldeo-asiria, en el Eufrates y el Tigris?... Mas, ¿para qué evocar recuerdos clásicos? En el magnífico estuario del Plata, la ciudad de Buenos Aires, capital de nuestra civilización, cuenta cerca de dos millones de habitantes, casi en su totalidad latinos, y, frente a ella Montevideo, la gentil ciudad uruguaya, nutre medio millón de almas. Cuando París, de aquí a un siglo, cuente sólo con una población máxima de tres millones de habitantes, la capital argentina alcanzará, seguramente, la población que hoy tiene Nueva York.

Desiertos.—No hay desiertos en América; nada encontrará comparable su señoría, el geógrafo de mentirijillas, al Sahara africano o a la estepa asiática, en el suelo del Nuevo Continente. Nuestros *desiertos* pululan de actividad biológica y, como muestra de la inexactitud constante de los datos del señor Bulnes, copio este párrafo de una amable carta que me envió, ha pocos días, el señor Blanco Villalta, encargado de Negocios de la República Argentina: «*existen más de cincuenta millones de ovejas, diez y siete mil automóviles y tiene engarzada en los Andes la maravilla que se llama el Lago de Nahuel Huapi, con cincuenta mil hectáreas de bosques milenarios*», la que el señor Bulnes declara *salvaje y árida Patagonia*. El Chaco contiene los bosques más ricos en tanino de todo el Continente: poderosos empresarios alemanes se preparan en estos instantes a la explotación de tan pingüe riqueza.

La Tierra Caliente.—Copio del artículo América del gran Diccionario Universal: «La vasta extensión de América en latitud y su estrechez en su porción intertropical, comparada con la magnitud de aquel en su parte boreal; la disposición de las montañas de esta última, que dejan libre acceso a los vientos helados del Norte; la altura de los mismos macizos: en fin, su estrechez en la parte austral, explican a un tiempo cómo esta parte del mundo posee todos los climas, y cómo, *a igual latitud es mucho más fría que el antiguo Continente.* En efecto, las partes de América que, por su posición geográfica, deberían gozar de temperatura moderada y producir los frutos del mediodía europeo, se hallan expuestas a largos y rigorosos inviernos, *mientras que, en ninguna parte se hallan en las regiones intertropicales de América los calores tórridos de Asia y Africa. En general, el clima de América es muy sano.* La ciencia y la experiencia han probado cuán vano fué el terror que los europeos sintieron cuando antes pensaban en habitar la zona tórrida del nuevo hemisferio.» Río de Janeiro, la capital de la gran potencia sudamericana, que cuenta con un millón doscientas mil almas, tiene clima cálido y húmedo, y, no obstante, es una de las ciudades más sanas del mundo. Sírvase el señor Bulnes enterarse de las maravillas de higiene realizadas en Panamá y podrá convencerse entonces de que, para la ciencia contemporánea, no es un problema ya el de nuestra tierra caliente. Pero para enterarse de lo que afirmo, precisa dejar los chanclos y leer los libros de hoy y no los de hace medio siglo...

En este suelo providente, es donde yo he afirmado que la civilización latina dirá su última palabra. Enseña mi impugnador sistemático que no tenemos carbón y que, por consiguiente, no tendremos industria. El carbón, señor Bulnes, fué el combustible de ayer. El combustible de hoy es el petróleo; y nosotros tenemos petróleo. Bien lo saben los anglo-sajones de aquí y de allá que han hecho decir al periódico francés *Le Rire*: «todos los pueblos del mundo tienen derecho a ser soberanos e independientes; excepto los que posean petróleo, carbón o hierro en su territorio.» Su señoría afirma que, «en el Continente americano existe una potencia formidable con carácter de extraordinaria potencialidad, cuyo programa inexorable tiene que ser el de todas las potencias irresistibles...» «En suma, agrega el señor Bulnes, el señor Caso olvidó la existencia de los Estados Unidos y olvidó o siempre ha olvidado, la radical e irremediable debilidad de la América española». No, señor Bulnes; yo no olvido que existen los poderosos; pero mi alma está templada de tal suerte, que no nací para incensarlos, sino para procurar que de ellos se abomine cuando se empeñan en innobles empresas contrarias al Derecho de Gentes.

Yo sé muy bien que hay cien millones de yanquis en el Continente americano; pero me consta que, del Bravo a la Patagonia, hay setenta millones de hombres que aman su tierra y las cosas de su tierra y que sólo por excepción producen geógrafos inexactos que tergiversan los datos de la Geografía e historiadores infieles a la Historia, que suelen tender a infundirles la convicción perversa de que contra el fuerte nada se puede; de que, contra los Estados Unidos de América resulta baldía y absurda toda lucha seria y honrada. En suma, el señor Bulnes es un hombre de ayer. Aconseja el pesimismo y la inacción: pregona nuestra incurable debilidad; y yo, hombre de mi siglo y de mi raza, acepto los antecedentes telúricos y raciales de mi pueblo, y creo porque amo. El señor Bulnes no cree porque odia, y, lo dice el Evangelio, el amor, la fe y la esperanza, no son virtudes distintas, sino aspectos diferentes de una sola virtud.

Pero esto no tiene importancia. Hombres de estructuras espirituales diversas tienen que diferir no sólo en el pensamiento, también en la acción. Esto es todo. Lo que importa es hacer ver al Ingeniero Bulnes dos hechos

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

incontrovertibles: la grandeza actual del Brasil, Chile, la Argentina, y el Uruguay, por una parte y, por otra, la constante corriente inmigratoria que, de Italia y de España llega a poblar los países de la América del Sur y a confundirse con ellos en obra latina multánime de cultura y civilización.

Hoy, la Metrópoli del lusitanismo en el mundo, atravesó ya, resueltamente, el Atlántico. No es Lisboa, sino Río de Janeiro. Allí podría admirar el incorregible censor, una Academia Nacional de Letras que no se titula tímidamente, como las nuestras, correspondiente de las reales europeas y que cuenta con más de un millón de pesos para su propio desenvolvimiento; una Biblioteca Nacional con admirable colección numismática anexa a la librería, de más de quinientos mil volúmenes; un Instituto de Enfermedades Tropicales en donde Francia y Bélgica envían a estudiar a algunos de sus hombres de ciencia, para luego aprovechar sus conocimientos en sus posesiones de Asia y Africa; un periódico como el «Jornal do Comercio», que cuenta casi un siglo de existencia y es uno de los más reputados del mundo; y un Gobierno, en fin, que hace oir su voz en las grandes asambleas del Universo por medio de jurisconsultos que se llaman Ruy Barbosa y Sá Vianna y que tiene la honra de ver acreditadas en Río ocho Embajadas permanentes, es decir, tantas o más que las que las naciones civilizadas acreditan ante España.

Lo que ya pasó tratándose de Portugal y el Brasil, acaecerá, en no lejanos días, con España y la Argentina; la Metrópoli del pensamiento español, tenderá a desalojarse hacia la ciudad que Rubén Darío llamó Cosmópolis: y esto, para honra insigne de Portugal y de España que han sido, con Inglaterra, los únicos pueblos del Viejo Mundo capaces de engendrar en el Nuevo Continente, Nuevas Españas y Nuevas Inglaterras.

Existe una grave ley histórica de la Civilización, que la obliga a desalojarse de Oriente a Occidente. La cultura, mejor que llamarse antigua, debería, según dice Momsen, llamarse mediterránea. En aquel mar privilegiado, florecieron egipcios, fenicios, griegos y romanos. Cerca de él, caldeo-asirios y persas rindieron los frutos más ilustres de su complejo desarrollo social. La Civilización, más tarde, merced al genio del navegante genovés, que el señor Bulnes desacató recientemente, volvióse atlántica. Hoy tiende a convertirse en universal y tendrá por teatro el Océano Pacífico. Ya el Japón, la China republicana y la India rebelde, anuncian el retorno del movimiento cultural, al Continente de su origen. Un político inglés contemporáneo nuestro ha dicho: «dentro de cincuenta años el centro de gravedad del mundo estará en el Pacífico». Se comprende fácilmente el radioso porvenir que, conforme a las predicciones del ilustre político inglés, está reservado a la América latina. Nuestro Continente se halla situado entre el Atlántico que ayer y hoy todavía cobija en sus ámbitos la cultura humana, y el Grande Océano, que la intensificará de fijo, en la inmensidad de sus aguas propicias.

Mas, supongamos que el yanqui adelante en su obra de violar los derechos de nuestros pueblos americanos y que, lo que antes hizo con México y hoy con Colombia, Cuba y Santo Domingo, lo pretenda hacer más tarde con los pueblos, ya poderosos, del Sur; siempre le será difícil, si no imposible, asimilar los setenta millones de hombres que formamos nuestra raza y que, pese a Mister Francis Biulnes, nos tocó nacer en uno de los territorios más privilegiados del planeta.

Sé lo que responderá, seguramente, su señoría, a mis observaciones. Va a decir que son obra del entusiasmo y la pasión por la raza y la patria. Es verdad, las inspira una enérgica pasión fundada en la realidad y la historia; pero hace mal el Sr. Bulnes de no tomar en cuenta el entusiasmo, el patriotismo y el ideal como fuerzas efectivas que mueven a los hombres para la consecución de sus destinos. Nuestro siglo se distingue por la energía que ha sabido poner en la reivindicación de las razas como elementos constructores de las nacionalidades y organizadores del mapa del mundo.

Europa, después de la magna catástrofe, organízase políticamente, no por el principio del equilibrio de las grandes potencias; sino por la ley de las nacionalidades. Resucita Polonia, se forma Checo Eslovaquia, se integra Sureslavia. Los italianos reivindican la Italia irredenta; los franceses obtienen al fin su Alsacia y Lorena ambicionadas. Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, escalonándose a orillas del Báltico, en lo que antes fuera costa rusa. La India, a pesar de su alejamiento asiático, se ve agitada dentro de un vigoroso movimiento nacionalista que, con el de Irlanda, hace conmover el poderío de la Gran Bretaña.

Los pueblos latino americanos, en fin, relacionándose entre sí por medio de constantes embajadas intelectuales y políticas, precursoras de la inevitable Anfictionía... Y, frente a tantas victorias del patriotismo y el entusiasmo racial, en Europa, Asia y América, el señor Bulnes, desde su gabinete de trabajo, como único argumento decisivo en contrario, descálzase y exhibe los históricos chanclos que gastó cuando, en remotas veladas seudo-científicas de su ya lejano siglo XIX, leía, para preparar lo que podría llamarse su cultura, los libros acedos del señor Gustavo Le Bon y del grande e indúctil britano Herbert Spencer.

(*El Universal*, México D. F.)

NUESTRA ACTITUD EN GENOVA

POR NICOLAS LENIN

[Discurso pronunciado en el Congreso de Metalúrgicos.—Moscú, Marzo de 1922].

POR supuesto que todos ustedes saben que Génova ocupa todavía el primer lugar entre los problemas de política internacional.. Debemos decirnos lo mismo que decimos a aquellos que en cualquier modo están interesados en la suerte de la República de los Trabajadores y Campesinos, que nuestra actitud en la Conferencia de Génova ha sido desde el principio firmemente planeada y así ha permanecido. Y no es nuestra culpa si a otros les falta no sólo consistencia sino la más elemental determinación, la más elemental capacidad de poner en práctica sus proyectos.

Desde el principio hemos declarado que damos a Génova nuestra enhorabuena y que iremos allá; estamos muy bien entendidos y no ocultamos el hecho de que acudimos como comerciantes, porque nos son completamente necesarias las relaciones comerciales con países capitalistas, y que vamos tan sólo a colocarnos en actitud de considerar de la manera más adecuada y regular, las condiciones políticamente ventajosas de estas relaciones comerciales. Claro es que esto no es un secreto para aquellos países cuyos gobiernos trazaron los primeros planes para la Conferencia de Génova. Estos gobiernos saben muy bien que aumenta el número de contratos comerciales que nos ponen en conexión con países capitalistas; que crece el número de transacciones financieras y que es enorme la cantidad de empresas comerciales, rusas y extranjeras, consideradas en sus menores detalles, en toda clase de combinaciones, de varias naciones extranjeras y varias ramas de

nuestra industria. Por dicha razón los países capitalistas conocen muy bien las bases prácticas de lo que va a ser el propósito más importante de las deliberaciones en Génova. Y si como un complemento de estas bases aparece allí una superestructura de toda suerte de conversaciones políticas, proposiciones, proyectos, entonces se debe saber que tal cosa es solamente una pequeña superestructura, inventada y practicada por los que tienen interés en ello.

En más de los cuatro años que tiene de existencia el Gobierno Soviet, sin duda que hemos adquirido una cantidad suficiente de experiencia práctica, (aunque ya teníamos bastante en teoría) para ser capaces de formar una opinión justa del juego diplomático que los representantes de los países burgueses han hecho de acuerdo con las reglas del antiguo arte diplomático del sistema burgués. Nosotros comprendemos muy bien lo que es la base de este juego; sabemos que su esencia es el comercio. Los países burgueses necesitan comerciar con Rusia; saben que sin ciertas relaciones económicas mutuas, su decaimiento seguirá progresando como hasta hoy; a pesar de sus grandes victorias, a pesar de todas las jactancias con que llenan los periódicos del mundo entero, su vida económica degenera más y más, y aun ahora, al cuarto año después de sus victorias, no pueden llevar a cabo ni la tarea más sencilla, como la reconstrucción de lo viejo (sin mencionar la creación de nada nuevo) y todavía están rumiando la cuestión de cómo tres, cuatro o cinco de ellos pueden unirse (como ustedes ven, lo inusitado del gran número hace difícil la posibilidad de un convenio) y se establecen tales combinaciones como para volver factibles las relaciones comerciales. Comprendo que el tiempo es realmente necesario si los comunistas tienen que aprender a comerciar, y cualquiera que desee aprender a comerciar cometerá grandes errores por algunos años, y la historia tendrá que perdonarlo porque está haciendo algo nuevo. Tendremos que hacer más flexible nuestro pensamiento, hacer a un lado todo nuestro comunismo o más bien nuestra apatía y negligencia rusa, lo mismo que muchas otras cosas.

Pues sería extraño que los representantes de los países burgueses tuviesen que aprender de nuevo los principios del comercio que ellos han conducido por cientos de años y en lo cual está basada toda su existencia social. Sin embargo, no es tan extraño para nosotros. Hace tiempos dijimos que su juicio del mundo de la guerra era menos justo que el nuestro. Su juicio no iba muy lejos y tres años después de sus gigantescas victorias, no encuentran salida a su situación. Nosotros, comunistas, dijimos que juzgábamos la guerra con más profundidad y justicia, que sus contradicciones y calamidades tendrían consecuencias de más alcance que las supuestas por los gobiernos capitalistas. Y mirando del exterior los países burgueses victoriosos, dijimos: tendrán muchas ocasiones de recordar nuestras predicciones y nuestro juicio de la guerra y sus consecuencias. No nos ha sorprendido que se hayan metido en un callejón sin salida. Pero al mismo tiempo dijimos: Necesitamos el comercio con los países capitalistas, tanto tiempo como existan negociaciones con ellos como mercaderes, y el hecho de que podemos hacerlo está probado por el número siempre creciente de contratos con países capitalistas, tanto como por el de transacciones efectuadas. No podemos publicarlas mientras no estén concluídas. Cuando un negociante capitalista nos dice: mientras nuestros negocios no hayan sido terminados, el asunto debe permanecer confidencial—se comprende que no podemos rehusar este requisito desde el punto de vista comercial. Pero sabemos muy bien que hay muchos contratos en preparación: sólo la lista se lleva varias páginas y entre ellos hay gran número de proposiciones de negocios prácticos con importantes grupos financieros. Es entendido que los representantes de los países burgueses que van a reunirse en Génova, conocen esto tan bien como nosotros, pues estos gobiernos han permanecido en contacto continuo con las actividades relacionadas con sus capitalistas.

LAS AMENAZAS DE LA DIPLOMACIA EUROPEA.

Por lo tanto, si en telegramas que vienen del exterior encontramos repetidas noticias que hacen comprender que no tienen idea exacta de lo que está ocurriendo en Génova; que están inventando algo nuevo, que intentan sorprender al mundo presentando nuevos términos a Rusia, entonces, permitidme decirles (y yo espero que me será fácil decirlo personalmente a Lloyd George en Génova): «Uds. no sorprenderán a nadie. Uds. son hombres de negocios y hacen bien sus negocios. Nosotros estamos todavía aprendiendo y lo hacemos muy mal. Pero tenemos cientos de contratos y planes de contratos, de lo cual se puede deducir cómo hacemos negocios, qué transacciones hemos concluído y estamos concluyendo y en qué términos. Y si encontramos en los periódicos toda clase de nuevas noticias, muchas cuya intención es la de asustar a alguien, rumores que deseamos comprobar, entonces sonreiremos fríamente ante tales rumores. Hemos oído muchas amenazas; más serias que las amenazas del mercader que hace mucha bulla, mientras decide lo que llama el precio de base. Hemos oído amenazas lanzadas por la boca del cañón de parte de los gobiernos aliados, quienes en realidad tienen el mundo en sus manos. No nos han asustado estas amenazas. Ojalá no olvidéis esto vosotros, caballeros de la diplomacia europea. No estamos ansiosos de guardar nuestro propio prestigio, nuestra fama—cosa de tan extraordinaria importancia para los gobiernos burgueses. Oficialmente hablaremos acerca de esto, pero no lo hemos olvidado. Ni un solo trabajador, ni un solo campesino ha olvidado, no puede olvidar y no olvidará nunca, que ha peleado en defensa del Gobierno de los Trabajadores y Campesinos, contra todas las alianzas aun de los países más poderosos que estaban comprometidos en la intervención. Poseemos toda una colección de convenios que concluyeron en el transcurso de cierto número de años con Kolchak y Denikin. Han sido publicados, los conocemos, el mundo entero los conoce. Sin embargo, ¿a qué estar jugando al escondido, cómo si hubiéramos olvidado todo? Cada campesino y cada trabajador sabe que peleó contra estos países y que no lo vencieron. Y si queréis divertiros, representantes de los países burgueses, y gastar vuestro papel (del cual tenéis más del necesario) y tinta, cargad vuestros inalámbricos para informar al mundo entero que vais a «poner a prueba a Rusia», entonces debemos todavía ver quién pondrá al otro a prueba; nosotros hemos sido ya puestos a prueba, no con palabras, no con el comercio o dinero, sino con armas. Y por las heridas terribles, sangrientas y dolorosas hemos merecido que se nos aplique, aun por nuestros enemigos, el proverbio: «Un hombre que ha sido golpeado, vale por dos que no lo han sido».

Hemos merecido esto en el campo militar. Pero en la esfera del comercio es deplorable que nosotros los comunistas no hayamos recibido muchos golpes todavía, pero espero que en un próximo futuro tal deficiencia será remediada.

He mencionado que espero hablar personalmente con Lloyd George en Génova, sobre el asunto antes citado y decirle que es inútil asustarnos con juegos de niños, porque con ello, sólo perderán prestigio los que están asustando.

Espero que en esto no seré obstaculizado por mi enfermedad, que me ha impedido por varios meses participar directamente en los negocios políticos y que en general no me permite llevar a cabo mi trabajo como funcionario

del Soviet. Tengo motivos para pensar que dentro de pocas semanas podré volver al trabajo. ¿Pero podrán ellos en el curso de las semanas que vienen, llegar a un acuerdo—tres o cuatro de entre ellos mismos—en un asunto que anunciaron como resuelto al mundo entero? De esto no estoy del todo seguro. Hasta me aventuro a declarar que nadie en el mundo tiene seguridad de eso y aun más, que ni ellos mismos lo están.

Porque, cuando las naciones victoriosas en cuyas manos está el poder del mundo, se reunieron en Cannes, después de haberse reunido antes muchas veces (el número de sus conferencias es infinito y la prensa burguesa de Europa les hace burla) no eran todavía capaces de establecer definitivamente lo que deseaban.

EL MANDAMIENTO DE TROTSKY.

Desde el punto de vista de problemas prácticos y no desde el del juego diplomático, la situación ha sido más justamente delineada por el camarada Trotsky. Un día después de haber recibido la noticia de que la Conferencia de Génova había sido decidida, de que todos convenían en que fuese en Génova y de que sólo la inestabilidad de uno de los gobiernos burgueses (se han hecho sospechosamente vacilantes) había traído una ligera demora, publicó la siguiente orden del día:

«Dejad que cada soldado del Ejército Rojo, se familiarice con la situación internacional; sabemos con certeza que hay un grupo fuerte que gustaría de probar la intervención; estaremos listos y permítase a cada soldado del Ejército Rojo que se instruya sobre el significado del juego diplomático, lo mismo que del significado de la fuerza de las armas que hasta el presente ha decidido toda clase de conflictos.»

Dejemos que cada soldado del Ejército Rojo sepa lo que este juego significa, lo que significa la fuerza de las armas y luego veremos. Aun cuando el capitalismo puede haber decaído en muchos países capitalistas, esta aventura puede ser tanteada por algunos no sin resultados. Y si los gobiernos son tan vacilantes que no pueden convocar a tiempo una conferencia, entonces quién sabe en qué manos se encontrarán estos mismos gobiernos. Sabemos que tienen partidos influyentes que desean la guerra lo mismo que personajes influyentes y poderosos capitalistas; sabemos esto muy bien y todo lo concerniente al estado presente de los negocios que es la base de los pactos económicos. Hemos vencido muchas penas y conocemos lo que las calamidades y sufrimientos—nuevo resorte en el arte de la guerra—pueden traernos, y declaramos que los soportaremos una vez más—dejemos sólo que hagan la prueba.

La deducción hecha por el camarada Trotsky, que en vez de declaraciones de carácter diplomático publicó su firme llamamiento, fué que la situación internacional debía ser explicada de nuevo a los soldados del Ejército Rojo, que la demora de la Conferencia de Génova a causa de la crisis del gobierno italiano, significa peligro de guerra. Trataremos con ello de que todos los soldados del Ejército Rojo se familiaricen con los hechos. Eso será más fácil de conseguir, puesto que con dificultad se encuentra una sola familia, un solo soldado del Ejército Rojo en Rusia que no conozca a fondo esta situación, no sólo por los periódicos, circulares u órdenes, sino también por su propio pueblo donde ve mutilados, donde ve familias que pasaron por las pruebas de la guerra, donde ve la mala cosecha, el hambre terrible, la ruina y la desolación y sabe quién las trajo, aun cuando no lee los periódicos de los menshevikes y de los revolucionarios socialistas de París, quienes echan la responsabilidad de todas estas cosas a las malas cualidades de los bolchevikes. El sentimiento que ocupa todo su ser con más fuerza es el sentimiento de resistencia hacia aquellos que nos impusieron y apoyaron contra nosotros la guerra de Kolchak y Denikin. Para ello no necesitamos organizar nuevos comités de agitación y propaganda. En cuanto a la conferencia de Génova, es preciso distinguir entre su esencia y los *canards* de los periódicos, lanzados por la burguesía; piensan que son bombas terribles, pero no nos asustan, y hemos visto muchos de ellos y no siempre merecen ni que se les conceda una sonrisa. Todas las tentativas para imponernos condiciones como si estuviéramos vencidos, son puras insensateces que no son dignas de que se las replique. Iniciamos relaciones como comerciantes y sabemos cuánto se nos debe y cuánto debemos, y qué beneficio legítimo o exorbitante pueden sacarnos. Tenemos un gran número de proposiciones, el número de contratos aumenta y aumentará sean como sean las relaciones entre los tres o cuatro poderes victoriosos; el posponer esta conferencia puede ser una pérdida para nosotros, porque posponiéndola probaréis a vuestro propio país que no sabéis lo que deseáis y que estáis padeciendo de una enfermedad de la voluntad. Esta enfermedad consiste en vuestra inhabilidad para comprender la situación política y económica que nosotros hemos juzgado mejor que vosotros. Pronto habrán pasado diez años desde que apreciamos justamente esta situación, mientras que toda esta destrucción y ruina no habrá llegado a ser clara para los gobiernos burgueses.

(Concluirá)

Socorro para los niños rusos

Segunda lista de contribuyentes

Juan Bta. Muñoz Barquero ₡	0.50
Escuelas de Aplicación y Braulio Morales (Heredia)	38.75
Niños de la Escuela de Aplicación (Heredia)	5.40
El 50% de un concierto dado por la Banda Militar de Heredia	5.20
M. C.	1.00
Circuito II de San José	10.00
Ciudad de Liberia	100.00
Varias escuelas del Circuito I de Cartago	24.90
Picado, Turrubares	2.75
San Vicente, Nicoya	6.00
Tilarán	7.45
Bagaces	7.50
Niñas, Esparta	5.00
Escuela Sup. de Niñas Nº 5 San José	11.00
Hatillo	4.60
Circuito I de San José	18.65
Manzanillo	41.00
Circuito IV de Guanacaste	39.25
» I de Cartago	43.60
» II de San José	28.00
» I de San José	13.30
Escuela Crifo Alto	18.65
Escuela Sup. de Niñas Nº 7 San José	31.95
Varias escuelas del Circuito II de Alajuela	78.25
Escuelas de Barbacoas	64.00
Escuela de San Pablo de Turrubares	24.05
Escuela de Desamparaditos	34.00
Escuela Elemental de San Ramón	4.35
Circuito I de Puntarenas	194.80
Mercedes (Puriscal)	3.15
Pozos (Santa Ana)	20.00
Esc. de Varones de Esparta	20.25
Circuito III de San José	107.00
» IV » Alajuela	25.35
Escuela de Adultos de San Pedro de Poás	5.00

LA ESFINGE

[Poema del poeta inglés OSCAR WILDE, vertido libremente al castellano por ROMÁN MAYORGA RIVAS].

En un rincón obscuro de mi estancia,
a través de la trémula tiniebla,
—más tiempo del que puedo imaginarme—
me atisba una silente y bella Esfinge.

En quietud inviolable, no se yergue
ni se mueve siquiera. No le importan
ni las plateadas lunas ni los áureos
soles que giran en el ancho espacio.

Se encienden en el aire los destellos
de la aurora y se apagan en la tarde,
y fulgura la luna, y cuando tornan
luz y sombra, allí está siempre callada.

Surgen auroras y descienden noches,
y a esa curiosa gata echada encuentran
en la chinesca alfombra, con las fijas
pupilas de satén orladas de oro.

En la chinesca alfombra, la felina
oblícuamente espía... Sobre el pecho
la piel sedosa ondea y estremece
a veces sus orejas puntiagudas.

¡Bella tirana mía, ven, acércate
con tu actitud de estatua y soñolienta!
Acércate, ser grotesco y exquisito,
de mujer y animal confuso engendro!

¡Acércate, oh mi Esfinge bella y lánguida!
¡Pon sobre mis rodillas tu cabeza!
Deja que te acaricie el blando cuello
y escudriñe tu piel, de motas llena
como si fuera el cuerpo de algún lince!

Y déjame tocar tus curvas garras
de pálido marfil, y con anhelo
coger esa tu cola,—semejante
a una monstruosa sierpe—que se enreda
en tus patas pesadas y felpudas!

* *

De lentos siglos un millar es tuyo,
y yo apenas he visto a veinte Estíos
cambiar su veste de esmeralda hermosa
por la del gris Otoño abigarrada.

Tú de los obeliscos de granito
sabes los geroglíficos. Hablaste
tú con los basiliscos de la fábula,
y viste frente a frente a los hipógrifos.

¡Oh! dime ¿estabas tú presente, cuando
Isis la diosa se mostró ante Osiris?
¿Y a la egipcia miraste en el momento
de disolver la perla para Antonio;

y a éste apurar el enjoyado vino
embriagante, inclinando la cabeza
con fingido terror, para al procónsul
verle sacar de la marina espuma,
fresco y salado atún de escamas de oro?

¿Espiaste, acaso, el ósculo de Cipris
al blanco Adonis que yacía muerto?
¿De Amenálk, dios de Heliópolis febea,
no fuiste en pos, viajando hacia Damasco?

¿Dialogaste con Thoth? ¿Llorar oiste
a Io, coronada por la luna?
¿Y conociste a los egipcios reyes
que bajo la Pirámide reposan,
hoy en pintadas momias convertidos?

* *

Alza tus grandes ojos, que semejan
el negro raso de cojines donde
el cuerpo hundimos cuando está cansado!
Ven, ven a mí, ¡oh fantástica Esfinge!
y estírate a mis pies... Ahora cántame
toda tu historia y tus recuerdos todos!

Cuéntame en tus cantares, de la Virgen
que con el Santo Niño anduvo errante
por el desierto, y cómo tú le guiaste
y a tu apacible sombra ellos durmieron.

De la olorosa y verde tarde, cuéntame,
cuando viste—acostada en la ribera—
que se elevaba del dorado esquife
de Adriano, la argentina y encantada
risa de Antinoo;

dime la delicia
con que tu sed saciaste en la onda pura,
y cómo, ardientes y ávidos, tus ojos
admiraron la armónica belleza
de aquel joven esclavo, cuya boca
una herida granada parecía!

Dime del laberinto donde establo
tuvo el biforme toro! Y de la noche
en que tú, sobre el plinto de granito
del templo te arrastraste,

cuando el Ibis
de color escarlata revolaba
por las entapizadas galerías
purpurinas, con pánico chillido;
y dime de las gotas que dolientes
mandrágoras lloraban, cual dañoso

rocío; y del enorme cocodrilo
que entre las aguas del dormido estanque
sus cenagosas lágrimas vertía,
en tanto que arrancaba a sus orejas
las joyas, y hacia el Nilo el tardo paso
con torpe movimiento enderezaba.

Las maldiciones que entonaron, cuéntame,
los sacerdotes contra ti en sus salmos
ululantes, la vez que con tus garras
su sagrada serpiente arrebataste
y te fuiste arrastrando, cautelosa,
a saciar tu pasión bajo las palmas...

* *

¿Quiénes eran, entonces, tus amantes?
¿Quiénes por ti luchaban en el polvo?
¿Cuál el móvil fatal de tu lujuria?
¿Y quién tu amado fué todos los días?

¿Acaso algún gigante cocodrilo,
enroscado contigo entre los juncos
de la ignota ribera? ¿A ti llegaban,
a tu revuelto lecho, por ventura,
los grifos de melenas aleonadas
y de alas de colores metalinos?

¿Iba el hipopótamo monstruoso
a abrazarse contigo entre la niebla?
¿Acaso los dragones de plateadas
escamas, de pasión se retorcían
al pasar junto a ti?

Dime ¿qué horrible
Quimera fué la que con cien cabezas
espantosas, salió de entre el antiguo
licio sepulcro, y nuevas maravillas,
al fecundarte, le arrancó a tu seno?

* *

¿O fué que habías dado a vergonzosos
secretos hospedaje, o atraías
a tu oculta mansión a una Nereida
de raros senos de cristal de roca,
en ambarina espuma arrebujada?

¿O con receloso paso entre la bruma
ibas de cita, a ver a la bronceada
sibila siria, en pos de los amores
de Leviatán, el monstro de los mares,
o de Behemóth, el símbolo del diablo?

¿O a la puesta del sol, tú a la pendiente
de cactos erizada, te subías,
yendo al encuentro de tu negro Etiope
de cuerpo de azabache repulido?

Cuando encallaban los terrizos barcos
del Nilo en los pantanos, en la noche,
y en torno de los dóricos triglifos
del templo, los murciélagos volaban,

¿ibas furtivamente a la ribera,
para cruzar a nado el silencioso
lago, y deslizándote en la bóveda
negra de la Pirámide, tornástela
en tu burdel ruidoso e incitante;

de suerte que se alzaron redivivas,
de sus negros sarcófagos, las momias
de faz pintada y refajados miembros?
¿O acaso condujiste hasta tu lecho
al Trageófos de cuernos marfilinos?

¿Amaste a aquel que en las hebreas gentes
las plagas esparció, dios de las moscas,
hasta el talle de vino salpicado?
¿O a Pasht, cuyos dos ojos parecían
ser dos berilos verdemar preciosos?

¿Prendada no estuviste del dios joven
de Tiria, muy más blando y amoroso
que la paloma de Ashtaróth? ¿Acaso
de otro dios, el asirio,

cuyas alas
—cual de esteatita rara y trasparente—
altas sobre su faz de halcón se erguían,
—su extraña faz, teñida de colores
de púrpura y de plata, y de ella en torno,
oro fingiendo, franjas relucientes?

¿Acaso Apis enorme, de su carro
saltó veloz, y en gruesos ramilletes
echó a tus plantas flores de nenúfar
con aroma y color de miel hiblea?

* *

¡Cuán astuta y sutil es tu sonrisa!
¿Que no has amado a nadie? ¡No me engañas!
Yo sé que al gran Ammón le diste arrimo
en tu lecho... ¡Tendióse al lado tuyo
en las playas del Nilo calurosas!

Los centauros del agua, en los pantanos,
de sus cuernos el son dieron al viento,
al mirarle venir todo oloroso
a gálbano de Siria, y todo ungido
de nardo y de tomillo.

Por la margen
del río caminaba, y parecía
alta galera de argentadas velas.
Iba en suma belleza, a largos pasos,
y las aguas ante él se desmayaban.

Y siguió a pasos largos por la arena
del inmenso desierto, hasta que al valle
llegó donde tú estabas recostada;
y aguardó hasta la aurora, y con su mano
entonces te tocó los negros senos...

Tú besaste sus labios con la brasa
de tus labios, y presa al punto hiciste
del cornígero dios. Tras de su trono
vivías de continuo, y el secreto
nombre suyo decías al llamarle.

Musitabas oráculos monstruosos
a sus oídos, y con sangre ardiente
de cabras y de toros le enseñaste
a practicar milagros del infierno.

¡Ammón tu amante fué! ¡Lecho tuvisteis,
velado de neblinas, en el Nilo!
Y tú, entre tanto,—en el curvado labio
la sonrisa enigmática—observabas
su pasión, que era de fuego que ora ardía
y después, leve llama vacilante...

* *

Relucía su frente con asirios.
óleos untada, y en tensión los miembros
de su marmóreo cuerpo,—como tienda
de campaña extendida al sol ardiente—
palidecer hacían a la luna
y encenderse en más luz la rubia aurora.

Su luenga cabellera nueve codos
medía, y el color era de gualda,
cual la gema que oculta el mercadante
del Kurdistán en la orla de su manto.

Cual es el mosto que cubre al vino nuevo,
era su faz; y los azules mares,
al zafir de sus ojos nunca hubieran
podido darle tinte más profundo.

Su cuello, fuerte y suave a un mismo tiempo,
y blanco cual la leche en una trama
fina de azules venas esplendía;
y rarísimas perlas, semejantes
a congeladas gotas de rocío,
bordaban su flotante vestidura.

* *

En pedestal de nácar y de pórfido
se erguía con fulgores tan intensos,
que ofuscaba mirarle: el marfilino
pecho ostentaba la esmeralda oceánica,

joya de maravilla y de misterio
hecha de luz de luna y que algún buzo
del Negro Mar extrajo valeroso,
con la amarga ola en lucha, para darla
a la hechicera de Colchián rendido.

Delante de su carro reluciente,
coribantes desnudos, las cabezas
coronadas de pámpanos, corrían,
y elefantes en fila se inclinaban
para arrastrar su carro.

Negros nubios,
en pos suya llevaban su litera,
cuando él, entre los soplos cadenciosos
de abanicos de plumas irisadas
de reales aves, los sus pies alígeros
movía en la ancha senda de granito.

En sus pintadas naos, esteatita
conducían para él los mercaderes
de Sidón la opulenta; y la más ínfima
copa que el suave toque de sus labios
recibía, labrada había sido
en un solo crisólito.

Traíanle
los mercaderes ricas vestiduras
en arcones de cedro perfumado,
que liaban con cuerdas de albo lino.
Llevada era la cauda de su manto
por monarcas de Menfis; reyes jóvenes
corte de amor le hacían en sus fiestas.

Rendían la cabeza tonsurada
de Ammón ante el altar, de día y noche,
mil sacerdotes; lámparas profusas
en su labrado templo difundían
ondas de viva luz...

¡Y hoy la serpiente
mefítica y la víbora manchada,
con sus crías se arrastran en las piedras...
—que está en ruinas el templo y bamboleante
el marmóreo-rosado monolito!

El asno montaraz o el errabundo
chacal, hallan guarida para echarse,
so las desmoronadas arquerías.
Sobre los capiteles que por tierra
están deshechos, danzan los silvestres
faunos;

y en el pináculo del templo,
el simio de Horus de azulado rostro,
cuélgase y chilla, en tanto que la higuera
del peristilo los pilares rompe...

* *

Pedazos hecho el dios, yace enterrado
aquí y allí en la arena que los vientos
moviendo están. Yo he visto todavía
su mano gigantesca de granito
agitarse, hecha puño, en su impotencia.

Y he visto a vagabundas caravanas
de corpulentos negros, con turbantes
de sedas, avanzar por el desierto,
y atónitos clamar ante el enorme
cuello, que retorcer fuera imposible.

Sus albornoces de amarillas franjas
echan atrás innúmeros beduinos
de luengas barbas, para ver, absortos,
los muslos del Titán, que en otras eras
fué de ellos paladín en la arenosa
llanura, bajo el sol reverberante.

* *

¡Anda! vete a buscar por la llanura
los pedazos dispersos... Anda y lávalos
con nocturnal rocío. Al mutilado
amante haz resurgir con vida nueva!

¡Anda! búscalos presto donde yacen
en soledad, y torna esos fragmentos
en el ser que adoraste; y en la piedra
insensible despierta las pasiones
locas y furibundas...

Y con himnos
sirios, hechiza sus oídos torpes.
Recuerda que él amó tu cuerpo un día.
Sé benigna con él. En sus cabellos
vierte esencia de nardo, y vendas suaves
de lino, enrolla en torna de sus miembros!

Cíñele a la cabeza, de emblemáticas
monedas un collar; tiñe sus labios
descoloridos, con bermejas bayas;
y para sus caderas derrengadas
y sus débiles hombres, teje púrpura!

* *

Ve al Egipto! No temas. Uno sólo
ha sido el Dios que ha muerto, y él fué el
[único,
que dejó que un sayón en el costado
le hiriera con su lanza.

Mas los dioses
que amantes tuyos fueron, no están muertos.
Todavía a la puerta de cien codos,
yérguese Anubis con su faz perruna,
y con lirios de loto entre las manos
para adornar con ellos tu cabeza.

El gigante Memnón desde su asiento
de pórfido, se esfuerza todavía
en mirar con sus ojos sin pestañas
la desolada tierra, y por ti grita
a la amarilla luz de cada aurora.

Y el Nilo con su cuerno roto yace
en su lecho de fango: está en espera
de que tú llegues, para entonces rápidas
sus aguas desbordar sobre los campos
de marchitado trigo.

¡Tus amantes
sé que no han muerto! Se alzarán de nuevo
al escuchar tu voz. Ellos sus címbalos
otra vez sonarán; y ardiendo en júbilo
te sellarán los labios con sus ósculos.

Alista, pues, las alas de tus flotas,
o unce a tu ebúrneo carro los piafantes
corceles, y a tu amado Nilo torna.

Mas si ya estás de aquellos dioses harta,
de algún errante león las huellas sigue
en la vasta extensión de la llanura;
alcance dále, la melena cógele
e invítale a rendirse amante tuyo!

Acuéstate a su lado sobre el césped,
clava tus blancos dientes en su seno;
y al oirle gemir porque agoniza,
tus amplios flancos de pulido azófar
azota con tu cola...

Y vete en busca
de otro amante, de un tigre de ambarinos
flancos lustrosos con ribetes negros,
y en su áurea anca montada, llega en triunfo
de Tebas a la puerta.

Con él juega
en revuelco amoroso, y cuando mires
que se voltea y gruñe y muerde, entonces
hiéranle firmes tus jaspeadas garras,
o de una vez tritúrale, estrechándole
contra el ágata dura de tus senos!

* *

¿Por qué tardas? ¡De aquí vete! Me hastías
con tus tétricos modos; y el espíritu
me turban, tu mirada—fija siempre—
y tu gesto enigmático de ensueño.

La llama de mi lámpara vacila
al soplo de tu aliento vaporoso,
qué horrible llega hasta mi frente y pone
en ella la humedad de los rocíos
aciagos de la noche y de la muerte.

Cual fantásticas lunas temblorosas
en estancado lago, son tus ojos.
Tu lengua, como sierpe de escarlata
que ondula y danza al son de extraños ritmos.

Las pulsaciones de tu ser son música
venenosa. Tu negra boca es como
el agujero que una antorcha o brasas
de encendido carbón dejado hubieran
en extraños tapices sarracenos.

Vete! Ya por la puerta ponentina
huyendo van las pálidas estrellas!
Vete! porque si no será ya tarde
para que en sus plateados carros trepes!

¿No lo ves? Ya la aurora tiembla en torno
de los grises torreones, y la lluvia
las vidrieras rocía de diamantes
y el matinal albor anega en lágrimas.

¿Qué Furia de cabellos de serpiente,
recién salida del Averno, pudo
el robo hacer, con trazas asquerosas,
del hada celestial que aquí en mi estancia
era una reina-flor que en paz dormía,
y colocarte a ti, lánguida Esfinge?

* *

¿Qué pecador fantasma sin palabra
ni canción, a través de las cortinas
de la noche, atisbó que ardía fúlgida
mi lámpara, llamó quedo a mi puerta
para que entraras tú?

¿No existen otros
más que yo maldecidos y acosados
por lepra más hedionda que la mía?
¿El Farfár y el Abána están ya secos
y a mitigar tu sed aquí has venido?

¡Vete al punto, oh misterio aborrecible!
¡Repugnante animal, al punto vete!
¡Mis bestiales sentidos tú despiertas
y haces que sea lo que ser no debo!

El credo de mi espíritu conviertes
en infructuosa farsa, y a sensuales
sueños me entregas de impudicia torpe.
Atis con su cuchilla en sangre roja
fué más puro que yo de culpas lleno!

¡Falaz, falaz Esfinge! En las orillas
del Aqueronte río silencioso,
Carón para el gran viaje ya me espera,
apoyado en el remo de su barca.

Vé tú primero, y déjame postrado
ante la cruz en que pendiente Cristo,
pálido y triste y con amantes ojos,
contempla al mundo y llora por cada alma
que desfallece en el linaje humano,
¡y por cada alma Cristo llora en vano!...

(*Envío del traductor*. San Salvador, 1922).

OYENDO A WELLS

POR LUIS DE ZULUETA

TODOS sabemos cuando muere un grande hombre. Nadie sabe cuándo nace. Análogamente, las ideas viejas, tradicionales, consagradas, reciben cada día, en su solemne decrepitud, el ruidoso y pomposo homenaje de todo el mundo oficial. ¡Qué pocas son, en cambio, las almas libres que aciertan a oir los primeros balbuceos trémulos de las ideas nuevas! Hace falta estar mirando siempre a lo alto, en el claro misterio de la noche serena, para ver pasar una vez la fugitiva estrella del futuro portal de Belén.

La otra tarde oímos aquí, en Madrid, a un hombre singular, portador de un espiritual mensaje, el mensaje de las fuerzas morales que todavía no han llegado a vivir y de los precursores dispersos de los tiempos venideros. No cruzó las calles en la carroza amaranto o en la de concha, como un embajador de corte, ni se anunció su paso como la «Gran Campaña Social» que van a acaudillar con sus báculos de plata nuestros sesenta obispos. Pero cuando el jueves, al anochecer, Mr. G. H. Wells hablaba a un grupo reducido de universitarios y escritores en el modesto salón de la Residencia de Estudiantes, la luz discreta que salía por las ventanas envolvía la colina del Hipódromo, sobre la ciudad distraída, en una claridad simbólica, reflejo de la que ha encendido en las páginas del mejor de sus libros el autor de «La llama inmortal».

* *

AHÍ está Wells, con las cuartillas en la mano. Joven todavía; cabello y bigote castaños; el rostro de ese color sano, entre sonrosado y moreno, propio de las gentes del Norte; frente espléndida; expresión jovial y un poco irónica; complexión fuerte, aunque minada quizás por unos nervios sensibles... Un aire sencillo y natural, entre turista, ingeniero y escritor... Tal es el hombre.

Yo soy—dice, al comenzar—«un periodista de ideas».

Nos encanta esta definición. Para nosotros, Wells no es sólo el famoso novelista fantaseador, que crea mundos imaginarios o presiente mundos futuros. Esta labor admirable y universalmente admirada le ha servido al gran escritor como ejercicio metódico del ensueño y de la profecía que le capacita hoy para observar y juzgar el presente, la vida actual de los individuos y de los pueblos, con ojos habituados a contemplar los horizontes ideales del porvenir. De ahí que percibe con exquisita delicadeza las realidades sociales, no como estados fijos y cristalizados, sino en su perpetua mudanza, como la labor inquieta del anhelo humano. Tiene, como nadie, el sentido de la actualidad; sabe «coger el momento» y ver en un hecho cualquiera de hoy, por ejemplo, la Conferencia de Washington, no las cenizas del ayer, sino las chispas ardientes del mañana. Es más que un novelista, más que un sociólogo, más que un moralista... Es «un periodista de ideas».

* *

No es Wells de los que creen que la gran guerra, que comenzó en 1914, fué una sacudida benéfica y ennoblecedora para la Humanidad. «Yo considero que fué un desastre...», decía en su breve disertación de la Residencia de Estudiantes.[1] Y no hay que pensar tampoco que ahora, por una mera reacción automática, por un movimiento oscilatorio análogo al del péndulo, vuelva a restablecerse la civilización, o, mejor dicho, el comienzo de civilización, que ha quedado destruído con la guerra. No «La gastada metáfora del péndulo, añadía Wells, es una metáfora errónea. Los asuntos humanos no provienen de la mecánica, sino de la voluntad».

No la mecánica, sino la voluntad... Todos, lo mismo en la izquierda que en la derecha, nos hemos ido habituando a concebir mecánicamente la vida social. Propendemos a pensar que ciertas condiciones materiales determinan fatalmente el curso de la Historia. Y planteamos nuestras luchas eligiendo como campo de batalla, lo mismo desde la derecha que desde la izquierda, el problema económico. Olvidamos con eso que la Historia es, fundamentalmente, una creación del espíritu humano. No nos percatamos, además, nosotros, los avanzados, de que cuando se coloca en el primer plano el problema económico como problema casi único, se hace, sin sospecharlo—y cualquiera que sea la solución propuesta—, una labor esencialmente conservadora, porque siempre acaban por ser conservadores los intereses materiales. Los problemas ideales, en cambio, constituyen la gran fuerza emancipadora de las almas y de los pueblos.

* *

FUÉ un incidente pequeño, un cambio mínimo de palabras, mínimo como la piedrecilla de los Andes situada precisamente, por un azar, en la línea divisoria de las aguas. Es esa piedrecilla la que hace que la gota de lluvia vaya al Atlántico o al Pacífico.

Mientras Wells hablaba en su idioma a nuestros estudiantes y profesores, uno de estos iba traduciendo, párrafo a párrafo, con perfecta exactitud, las frases del eminente escritor. Pero llegó un momento en que aquél, en su improvisada versión, interpretaba: «Dice Mr. Wells que el Imperio Inglés...» ¡Oh! No es fácil describir el ademán rápido, nervioso, con que Wells se volvió a su traductor, impidiéndole proseguir... «¡No, no!,—exclamó vivamente;—¡Imperio inglés, no! Diga: ¡el mundo que habla inglés!...»

He ahí la divisoria. El imperio es el poder exterior; el habla es la comunidad espiritual. Los pueblos se entienden con idiomas distintos, como el verbo inglés de Wells despertaba resonancias afines en las conciencias españolas. Los Imperios, por el contrario, acaban por desencadenar todos los dolores de la guerra. Si simbolizáramos en Rudyard Kipling el imperialismo británico, cabría decir, modificando un poco una frase célebre, que el drama del mundo es hoy un gigantesco duelo entre Kipling y Wells, de cuyo resultado depende el porvenir.

El esfuerzo humano, para Wells, ha de concentrarse en una nueva educación, no simplemente práctica y utilitaria, sino avivadora de la llama inmortal del espíritu, que basándose en el estudio fecundo de la Biología y de la Historia, enseñe a los hombres a emplear sus medios técnicos en servicio del bien común y del progreso moral.

«El mundo que habla inglés...» «El mundo que habla inglés—afirmaba Wells—espera del mundo que habla español fraternidad y ayuda para la gran tarea de restauración mundial y de unión universal que se ofrece ahora a todos los hombres».

(La Libertad, Madrid).

[1] Véasela en el número pasado del REPERTORIO.

Por qué Santo Domingo no envió delegadas a la Conferencia Femenina de Baltimore

EXPLICANDO las causas de la ausencia de delegadas de la República Dominicana en la convención feminista de Baltimore, recientemente celebrada y fundándolas en la abstención de las feministas dominicanas de una misión que supusiera aceptación de la dominación americana actual en aquel país, las señoras Julieta O. de McGregor y Alicia G. de Cestero, han dirigido a las mujeres hispanoamericanas en general y a sus delegadas en Baltimore, especialmente, una comunicación cuyo texto insertamos a seguidas:

«El patriotismo dominicano, siempre alerta y al acecho de toda ocasión apropiada para declarar y hacer valer la inquebrantable voluntad nacional de que se le restituya su independencia como pueblo libre y soberano, sin razón atropellado y subyugado por la ocupación del gobierno militar norteamericano, contra todo derecho, aprovecha la propicia oportunidad de que la League of Women Voters festeje en Nueva York a las delegadas latinoamericanas, para afirmar públicamente a nombre del feminismo dominicano, oprimido y dolorido, en este festival que congrega a las mujeres de las Américas, que de hecho, no existirá nunca panamericanismo efectivo, mientras haya una fracción inseparable de su armónico movimiento, que gima opresa injustamente en el yugo de la fuerza armada de una parte del gran todo ideal de naciones del hemisferio americano, como sucede ahora con la República Dominicana, dominada por la armada de los Estados Unidos.

»Por esto es por lo que no hubo representación oficial de Santo Domingo en el congreso panamericano feminista en Baltimore. Porque ninguna mujer dominicana hubiera aceptado el nombramiento de delegada de manos del gobierno de ocupación de su patria, por juzgarlo un acto de deslealtad cívica y una ilegalidad, encaminada a desorientar de la verdad la opinión pública. Y es de lamentar que en el antedicho congreso no se aludiera a la ausencia de representación dominicana, siquiera por respeto y consideración de estar ligado Santo Domingo íntimamente al progreso del nuevo mundo, siendo en el descubrimiento punto de partida de la civilización de América. Acaso, las delegadas de las repúblicas raciales, estuvieran ignorantes del desafuero de la actual situación política de la República Dominicana, y por eso no apelaron a los sentimientos de acercamiento y justicia del feminismo norteamericano, para que vuelva Santo Domingo al goce de todos sus derechos de nación libre, independiente y soberana. Pero aun pueden las delegadas latinoamericanas alzar su voz en favor de la redención de cautiverio de la República Dominicana, cumpliendo así un deber, dentro de la cordialidad de la National Women's Trade Union League of America, que será a la vez su mejor fuente de información y atención imparcial, por haber esa institución hecho suyo el caso dominicano, al exponerlo en el seno de su asamblea, las delegadas obrero-femenino dominicanas, en Waukegan, Illinois, el 6 de junio de 1921, tal como lo atestigua la comunicación que en aquel entonces envió la National Women's Trade Union League of América al Secretario de Estado Charles Evans Hughes y del que damos fe de copia a continuación, y también de documento recordativo de una promesa solemne, a quien corresponde. El da autoridad a esta hoja.

»He aquí el texto de la comunicación dirigida al Secretario de Estado Mr. Hugues:

«My dear Mr. Secretary. At the meeting of the Executive Board of the National Women's Trade Union League of America, at Waukegan, Illinois, on the 6th to 10th current, a resolution was submitted and an eloquent appeal made by the delegates from Santo Domingo, urging the cooperation of the National Women's Trade Union League in an appeal to the Government of the United States for the removal of American troops from the occupation of their Island home.

»This appeal, Mr. Secretary, we have the honor to present to you by the unanimous vote of the Executive Board. It is our eager hope that within a short time Santo Domingo may be free from any occupation by foreign troops and this hope is strengthened by your statement in the public press that «a proclamation will be issued soon withdrawing the American troops from Santo Domingo». We wish to express to you our deep gratification at this announcement.

»With highest regards, very respecfully, Emma Steghager, Seretary-Treasurer».

(Envío de la Sra. de McGregor, Nueva York).

2) EL MOMENTO RUSO

LA CRUELDAD DEL MUJIK

POR MAXIMO GORKI

TORTURAS DE INFIERNO.

LA crueldad es una cosa que me ha causado perplejidad y dolor toda mi vida. ¿De dónde nacen, de qué brotan las raíces de la crueldad humana? He meditado mucho acerca de ello; pero no he llegado a comprenderlo.

Hace mucho tiempo que leí un libro que llevaba el siguiente ominoso título: «El progreso como evolución de la crueldad».

Elegidos con gran habilidad los hechos, el autor trataba de probar que con el desarrollo del progreso los hombres se están atormentando unos a otros, a la par física y espiritualmente, cada día con más sensualidad, con más refinamiento. Leí aquel libro con ira; no creí lo que decía, y pronto olvidé sus paradojas.

Pero, actualmente, después de la aterradora locura de la guerra europea y de los sangrientos acontecimientos de la Revolución, aquellas agrias paradojas han acudido con frecuencia a mi memoria. Pero he de hacer notar que en la crueldad rusa no hay, aparentemente, evolución alguna. En sus formas no se advierte cambio.

El cronista de principios del siglo XVII consigna que, en sus tiempos, torturaban (en Rusia) del siguiente modo: «Echan pólvora en la boca de la víctima, y le prenden fuego. A otros los rellenan de pólvora para hacerlos estallar del mismo modo. También abren los pechos de hombres y mujeres, y, pasando cuerdas por los taladros, cuelgan los cuerpos de las cuerdas.»

En los siglos XVIII y XIX hacían estas mismas cosas en los territorios del Don y de los Urales, y ahora introducen a la fuerza, como si fuera en una roca, un cartucho de dinamita en el cuerpo de la víctima, y lo hacen estallar, cual un barreno.

Creo que el pueblo ruso es excepcional en este concepto; y, así como los ingleses tienen una capacidad humorística especial, los rusos poseen una

crueldad instintiva, una crueldad a sangre fría, que trata de encontrar los límites extremos a que puede llegar el dolor y la resistencia humana y poner de manifiesto la tenacidad y perseverancia de las fuerzas vitales.

En la crueldad rusa se advierte un refinamiento diabólico; hay en ello algo delicado. Esta cualidad difícilmente puede explicarse por calificaciones tales como anormalidad psíquica o sadismo, palabras que, de un modo esencial y general, no explican nada. ¿Será una herencia de alcoholismo? Sin embargo, no creo que el pueblo ruso se halle más saturado del veneno alcohol que otros pueblos de Europa, aunque es posible que este veneno actúe más profundamente en la psicología del campesino ruso, cuya nutrición es más pobre que en otros países donde la alimentación es más variada y abundante.

Es posible, también, que la lectura de las vidas de los santos mártires, pasatiempo favorito de los que tienen aficiones literarias en las pobres aldeas, haya influido en el refinamiento de la crueldad rusa.

Si se tratase de ejemplos de crueldad que mostrasen solamente la perversa psicología de individuos sueltos, no habría por qué hablar de ellos aquí, pues constituirían materia para quien se dedicase al estudio de la psiquiatría y no para el historiador. Pero me refiero, por el contrario, únicamente a los casos en que comunidades enteras encuentran delectación en atormentar criaturas humanas.

En Siberia los campesinos abren en el suelo grandes hoyos y en ellos echan, cabeza abajo, los soldados del ejército rojo que caen en sus manos; pero procuran que las piernas, desde las rodillas, queden sobresaliendo del nivel del suelo. Hecho esto, llenan gradualmente los hoyos con tierra y observan con atención las convulsiones de las piernas con el fin de apreciar qué víctimas resisten más y las que más tardan en perecer sofocadas.

Los cosacos de la Trans Baikalia enseñan a sus muchachos el arte de partir leña en las espaldas de los prisioneros.

En la provincia de Tambov se clava a los comunistas en los troncos de los árboles a un metro de altura del suelo; pero atravesándoles con los clavos únicamente la mano izquierda y el pie izquierdo, y se observan muy detenidamente los sufrimientos de los hombres crucificados de tal modo.

Otras veces se abre el vientre del prisionero, se extrae una porción de los intestinos, se clava esta porción al tronco de un árbol o a un poste del telégrafo, y, después, se obliga, a golpes y empujones, a la víctima a que dé vueltas alrededor del árbol, y los verdugos contemplan con delectación cómo va el resto de los intestinos saliendo por la herida y desarrollándose.

A los oficiales prisioneros se les desnuda por completo y se les arranca de los hombros tiras de piel, formando a modo de charreteras; taladrándoles los brazos con clavos que representan las estrellas que indicaban su graduación; y, finalmente, les desuellan toda la porción de la cintura donde se ciñe el cinturón del sable, y a lo largo de las piernas, la que corresponde a la franja del pantalón. A esto lo llaman «ponerles el uniforme». La operación requiere habilidad y no poco tiempo.

Otros muchos horrores semejantes podrían ser descritos, pero la odiosidad de su carácter no me consienten entrar en pormenores de estas sanguinarias diversiones.

¿Quiénes son más crueles, los «rojos» o los «blancos»? Probablemente son iguales, porque unos y otros son rusos. Sin embargo, la historia suministra una respuesta muy categórica acerca de los distintos grados de crueldad: «Los más activos son los más crueles.»

MENOSPRECIO DE LA MUJER.—PSICOLOGIA DEL SOLDADO.

Creo que en ninguna parte son apaleadas las mujeres tan despiadadamente y tan a sangre fría como en la aldea rusa, y probablemente, ningún otro país podrá envanecerse de tales consejos populares, en forma de proverbios, como los siguientes:

«Golpea a tu mujer con una estaca: después, inclínate hacia ella y escucha. Si respira, es que disimula. Necesita otra paliza.»

«Hay dos ocasiones en que se quiere a la mujer: el día de la boda y el de su entierro.»

«No hay ley para las mujeres ni para el ganado.»

«Cuanto más apalees a tu mujer, más sabrosa es la sopa.»

Centenares de estos aforismos, que encierran la sabiduría popular de los siglos, circulan por la aldea. Los pequeños los aprenden, y se recrean en ellos.

Los niños son golpeados con el mismo celo y saña. Para enterarme bien de los malos tratamientos a los niños entre las gentes de la provincia de Moscou, he repasado las actas de los Tribunales de Moscou correspondiente al decenio de 1901 a 1910, examinando, además, otras formas de crímenes contra los menores. Apalear es un pasatiempo muy favorito en Rusia, y no se pone gran atención en quién es la víctima. La sabiduría popular considera que el individuo apaleado vale más. «Por cada individuo apaleado se ofrecen dos que no lo han sido; pero no hay compradores.»

Existen proverbios para expresar que la lucha es una condición necesaria para que la vida sea completa.

«¡Ah! ¡Es alegre vivir; pero no hay nadie a quien apalear!»

Pregunté a algunos individuos, que habían tomado parte muy activa en la guerra civil, si no habían sentido algún pesar al matarse unos a otros.

«¡No!—me respondieron—. No hemos sentido pesar alguno. El otro, por lo tanto, estábamos en contrario, tenía un fusil, yo tenía iguales condiciones. Eso no es nada. Mataremos unos cuantos, y habrá más sitio en la tierra.»

En una ocasión recibí una respuesta muy original de un soldado que había tomado parte en la guerra europea, y

que actualmente manda una unidad importante en el ejército rojo.

«La guerra interior, la guerra civil, —me dijo—no es nada. Pero la guerra contra extranjeros es ya una cosa difícil para el espíritu. Te hablaré con franqueza, camarada. Es más fácil matar rusos. Nosotros somos muchos y nuestros bienes y haciendas valen poco. Supóngase que arde una aldea. ¿Qué importa? Arderá de todos modos algún día. Además, este es un asunto nuestro, como las maniobras, por ejemplo, útiles para aprender, vamos al decir. Pero cuando yo entré en Prusia, al principio de la guerra, ¡vive Dios!, ¡y qué lástima me dió de aquella gente! ¡Qué aldeas, qué ciudades, qué haciendas! ¡Qué cosas tan magníficas destruimos entonces, sin saber por qué! Daba compasión. Cuando caí herido me alegré. ¡Tan penoso era ser testigo de los horrores de la vida! Después fuí enviado al Cáucaso, a Yudenitch, donde están los turcos y otros pueblos de tez morena. Todos ellos eran gentes muy pobres, de buen natural, siempre sonriendo, sin que uno sepa por qué. Les pegas y te sonríen. Me daban compasión. Todos ellos tenían su ocupación, su manera de ganarse la vida trabajando, sus lazos con la vida...»

El hombre que así hablaba tenía sentimientos humanos a su modo; trata bien a sus soldados; éstos, al parecer, le quieren y le respetan. Por otra parte, adora su profesión militar.

Traté de hablarle algo de Rusia, de la significación de nuestro país en el mundo; me oyó, como si meditase en lo que le decía, fumando su cigarrillo, con la vista mirando al infinito, y me respondió, lanzando un suspiro:

«Sí, naturalmente, Rusia era una potencia excepcional, un poder realmente extraordinario, y ahora, en mi opinión se ha sumido por completo en la villanía.».

Me parece que la guerra ha dado origen a muchos hombres como éste, y que los jefes de los incontables y los insensibles bandos son hombres de esta psicología.

LA PERSECUCION DE LOS JUDIOS.

AL hablar de crueldades, es difícil olvidar el carácter de los pogromos judíos en Rusia. El hecho de que los pogromos contra los judíos fuesen consentidos por los idiotas viciosos que tuvieren en sus manos la autoridad, no justifica nada ni a nadie. Al permitir la matanza y el robo de los judíos, estos idiotas no incitaron a los centenares de pogromistas a cortar los pechos de las mujeres judías, asesinar a sus hijos y hundir clavos en los cráneos de los judíos. Todas estas sangrientas abominaciones hay que considerarlas como «expresión de la propia iniciativa de las masas».

En mi juventud busqué con diligencia a ese hombre en las aldeas de Rusia, y no pude encontrarle. Sólo hallé en ellas un áspero realista y un tipo astuto y taimado que, cuando le era de algún provecho, desempeñaba el papel de simple. Por naturaleza no es tonto, y de ello está convencido.

Ese aldeano ha sido el inspirador de dolorosos cantos y de muchos cuentos vulgares y crueles, y ha formado miles de proverbios en que se encierra la experiencia de su vida ruda.

Sabe que «el mujik no es tonto, pero que lo es la comunidad», y que «la comunidad es fuerte como el agua, pero necia como un cerdo.»

Y dice:

«No temas a los diablos; teme a los hombres.»

«Castiga a tus gentes, y los extraños te temerán.»

No profesa una alta opinión de la verdad. «La verdad no satisface el hambre.» «Mantened la falsedad si con ella prosperáis.» «El hombre que dice la verdad, es tan pernicioso como un tonto.»

Considerándose capaz para hacer cualquier trabajo, dice: «Golpea a un ruso y fabricará un reloj.» Y es necesario golpear porque «ése es perezoso para trabajar, mas no para comer.»

Las parábolas similares a éstas fluyen de su boca, las usa hábilmente y las escucha desde su niñez. Y como las está oyendo desde su niñez, desde entonces se arraiga y crece en él la convicción de que contienen muchas austeras verdades, crueles dolores y gran burla a costa suya y a costa de la cólera de las gentes. A las gentes, sobre todo las de la ciudad que se mezclan en su vida, las estima superfluas sobre la tierra, que está irrigada con su sudor y con su sangre; esa tierra a la cual ama con supersticioso misticismo. Cree y siente de modo inmutable, que él está firmemente soldado con su carne a esa tierra que es su propia sangre y de la que le han despojado hombres piratas. Mucho antes que lord Byron, el aldeano sabía que «el sudor del campesino es un valor de la hacienda del propietario».

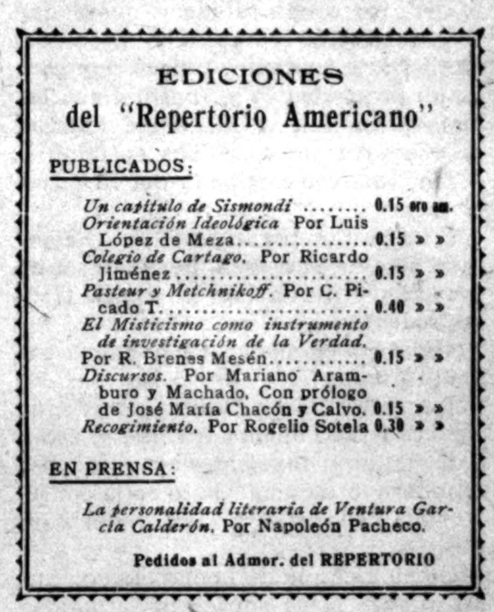
EL MUJIK EN LA LITERATURA.

EL mujik fué idealizado en la literatura de la escuela populista rusa, porque esa literatura servía de propaganda política. Pero ya hacia los promedios del siglo XIX, la literatura que trataba de la aldea y del campesino, comenzó resueltamente a cambiar y se hizo más verdadera y menos conmiserativa.

Antón Chejov sentó los fundamentos de una nueva actitud respecto del campesino, con sus producciones «En la cabaña» y «Los mujiks».

En los primeros años del siglo XX aparecieron las obras de Iván Bunin, el mejor de los maestros de las letras contemporáneas rusas. «Una conversación en la noche» y otras novelas excelentes, tanto por la belleza de su estilo como por el austero respeto a la verdad, que se reflejan, sobre todo, en «La aldea», han establecido una nueva modalidad crítica sobre el campesino ruso.

Se ha dicho en Rusia que Bunin, como es noble, consideraba al mujik con desagrado y hasta con hostilidad. Esto no es exacto. Bunin es sólo un artista exquisito, y nada más.





centuria existen más agrios y emocionantes testimonios de la dolorosa oscuridad de la aldea. Ahí se hallan, como ejemplos, «Juventud», una novela del notable campesino de la provincia de Orel, Iván Volny; los cuentos del campesino de Moscou, Semion Podiatchev y los del campesino siberiano, Vsevolod Ivanov, un joven escritor de brillantez y potencia imaginativa excepcionales

Nadie supondrá en estos hombres una actitud preconcebida y hostil hacia lo que les rodea, a lo que se encuentran unidos por la carne y por la sangre, y con lo cual no han perdido la conexión. Ellos, mejor que ningunos otros, conocen y comprenden la vida del campesino, la tristeza y las ásperas alegrías de la aldea, la ceguera de los intelectos y la crueldad de los sentimientos de la masa.

EL HOMBRE ESTÁ BARATO.

COMO conclusión de este imperfecto esquema, anotaré el relato de uno de los miembros de una expedición científica que ejecutó trabajos en 1921 en los montes Urales.

Un campesino dirigió la siguiente pregunta a los miembros de la expedición:

«Sois personas sabias y deseo que me manifestéis cómo debo proceder. Un bashkir (indígena) mató una vaca de mi propiedad. Yo, «naturalmente», maté al bashkir, y luego me apoderé de una vaca que guardaba su familia. ¿Créis que seré castigado por llevarme la vaca?»

Cuando le preguntaron si no esperaba que le castigasen por matar a un ser humano, contestó el mujik tranquilamente:

«Eso no es nada. El hombre está ahora barato.»

La frase es, «naturalmente», muy característica: demuestra que el asesinato se ha convertido en una cosa sencilla y ordinaria. Esto es la consecuencia de la guerra civil y del bandolerismo.

Como ejemplo de la manera con que las nuevas ideas son en la actualidad recibidas por los hombres más inteligentes de las aldeas, he aquí lo que me escribe un maestro de origen campesino:

«Puesto que el famoso sabio Darwin estableció científicamente la necesidad de la lucha por la existencia, sin hablar contra el exterminio de la gente débil e inútil, y puesto que en los antiguos tiempos los viejos eran sacados de las cabañas para que pereciesen de hambre o colgados de los árboles para luego dejarlos caer a tierra, a fin de que se aplastaran, me permito protestar contra esa crueldad y proponer el exterminio de las personas inútiles con arreglo a sistemas de naturaleza más en consonancia con la piedad. Darles, por ejemplo, a comer algo sabroso y agradable, o recurriendo a otro medio semejante. Estos métodos conducirían a que fuese menos difícil la lucha por la existencia en todas partes. En tal forma podían ser tratados los idiotas, los locos y los criminales, y acaso también los enfermos incurables, los jorobados, los ciegos, etc. Acaso el sistema no sea, naturalmente, agradable a nuestra afligida «inteligencia», pero lo estimo digno de tenerlo presente, en consideración a su idealidad conservadora y contrarrevolucionaria. El sostenimiento de las personas inútiles le cuesta a la nación demasiado, y este artículo de gasto es menester que se reduzca a cero.»

En Rusia se escriben ahora precisamente muchos planes, cartas e informes similares a lo precedente, que producen honda opresión. Mas, no obstante su perversidad, dejan sentir que la inteligencia de la aldea se despierta, y que aunque su tendencia en la labor es mala, trabaja en una dirección nueva.

La aldea se esfuerza en considerar a la nación como un todo.

PADRE NUESTRO

POR GIOVANNI PAPINI

LOS apóstoles pidieron a Jesús una plegaria.

Había dicho a ellos, a todos, hacer oración breve y secreta. Pero no se contentaban con las tibias recomendadas por los librescos sacerdotes del templo. Querían una oración que les fuese propia, que sirviese para reconocer a los que seguían a Jesús.

Jesús en la Montaña enseñó por primera vez el *Padre Nuestro*. Es la única plegaria que Jesús aconsejó. Una de las más sencillas plegarias del mundo. La más profunda que se eleva de las casas del hombre y de Dios. Una plegaria sin literatura, sin teología, sin oropeles y sin servilismo. La más bella de todas.

Pero si el *Padre Nuestro* es sencillo, no todos lo entienden. La secular repetición, mecánica repetición de la lengua y de los labios, la repetición rutinaria, formal, ritual, desatenta, indiferente, casi no ha hecho de ella más que una sucesión de sílabas, de las cuales se ha perdido el sentido primitivo y familiar. Releyéndolo hoy, palabra por palabra, como a un texto nuevo, como si hubiese venido ante los ojos por la primera vez, pierde su carácter de banalidad ritual y se yergue con su primitivo significado.

Padre Nuestro. Aunque hemos venido de ti, y nos amas como a hijos tuyos, de ti no nos vendrá ningún mal.

Que estás en los cielos, en aquello que se contrapone a la tierra, en la esfera opuesta a la materia, y en el Espíritu, en esa parte mínima, si bien que eterna del Espíritu, que es nuestra alma.

Santificado sea tu nombre. No debemos, por lo tanto, adorarte con la palabra, sino ser dignos de ti, apropincuarnos a ti con el más intenso amor. Porque tú no eres ya el Vengativo, el Señor de las Batallas, sino el Padre que enseña la Beatitud en la paz.

Venga a nos el tu Reino, el Reino de los Cielos, el Reino del Espíritu y del Amor, el Reino del Evangelio.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, que tus leyes de Bondad y de Perfección dominen en el Espíritu y en la Materia, en todo el universo visible e invisible.

Danos el pan nuestro de cada día, porque la materia de nuestro cuerpo, sostén necesario del espíritu, tiene todos los días necesidad de un poco de materia para sostenerse. No te pedimos riquezas, estorbo pernicioso, únicamente un poco, tan poco, que sólo permita vivir para llegar a ser digno de la vida prometida. No tan sólo de pan vive el hombre; pero sin este mendrugo, el alma, que vive en el cuerpo, no se podría nutrir de otras cosas más preciosas que el pan.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdónanos porque nosotros perdonemos a los demás. Tú eres nuestro eterno e infinito acreedor, no te podemos saldar nuestro adeudo. Pero piensa que a nosotros por nuestra mala naturaleza nos cuesta mucho más perdonar una sola deuda a uno solo de nuestros deudores, de lo que a ti cuesta borrar el recuerdo de todo cuanto te debemos.

No nos dejes caer en tentación. Somos débiles, aun dominados por la concupiscencia, en este mundo que a momentos nos parece tan bello y que nos llama a todas las molicies de la infidelidad. Ayúdanos para que nuestro cambio no sea muy difícil y combatido y nuestra entrada en el Reino no sufra demoras.

Líbranos de todo mal, Tú que estás en el Cielo, que eres espíritu y que tienes poder sobre el Malo, sobre la materia irreductible y hostil que por todas partes nos acecha, y que abstraerse de ella no es fácil, tú, adversario de Satanás, negación de la materia, ayúdanos; en esta victoria sobre el Mal—sobre el mal que siempre abunda, porque no será vencido definitivamente sino cuando todos lo hayamos vencido—consiste nuestra grandeza; pero esta victoria estará menos lejana, si nos socorres con tu alianza.

Con esta solicitud de ayuda finaliza el *Padre Nuestro*. Donde no se encuentra el lacrimeo abyecto de las oraciones orientales, atestadas de elogios, de hipérboles que parecen inventadas por un perro que adora con su alma canina a su amo que le permite existir y comer. Y no se encuentra la querella y sollozante súplica del salmista que pide a Dios todos los socorros y más ampliamente los materiales que los espirituales, se lamenta si su cosecha no es abundante, si sus vecinos no le respetan, e invoca plagas y saetas contra los enemigos que no ha sabido vencer.

El único elogio es la palabra Padre. Un elogio que es una obligación, un testimonio de amor. A este Padre no se le pide más que un poco de pan—pronto a ganarlo con el trabajo, porque aun el anuncio del Reino es un trabajo necesario—y se pide también ese mismo perdón que concedemos a nuestros enemigos; en fin, una valiosa protección para combatir el Mal, enemigo común de todos, espesa muralla que impide la entrada al Reino.

Quien recita el *Padre Nuestro* no es orgulloso; pero tampoco se humilla. Habla a su padre con el acento íntimo y plácido de la confidencia, casi de igual a igual, y seguro del amor del Padre, y de que tampoco necesita largos discursos para conocer sus deseos. «Vuestro Padre—enseña Jesús—sabe de lo que estáis necesitados antes de que se lo pidáis». Y aun más, la plegaria más bella de todas es la rememoración cotidiana de cuanto nos falta para asemejarnos a Dios.

(De *El Universal Ilustrado*. México, D. F. Versión de J. R. de Arellano).

NOTICIARIO

El famoso cuento de MAGÓN titulado *El clis de sol*, aparece vertido al francés en la sección Anthologie Americaine de la REVUE DE L'AMÉRIQUE LATINE, París, número de mayo de 1922.

*

LA difundida revista semanal de Buenos Aires, NUEVA-ERA, reproduce el artículo de don Enrique Jiménez Núñez, *Los nuevos ideales de la escuela*, publicado en el número 25 del tomo III del REPERTORIO.

*

EN esta semana ha circulado una nueva obra de don Rogelio Sotela: *Recogimiento*.

Reflexiones propias, extractos, citas oportunas componen el ameno y doctrinario librito, cuya lectura atenta recomendamos.

Patrocina la edición el REPERTORIO AMERICANO y se vende el ejemplar de 160 pgns. a ₡ 1-50, en la Librería Tormo.

*

El Instituto de las Españas, de Nueva York, editará en breve las obras completas de Gabriela Mistral.

*

EL CONVIVIO próximo: *Una vida en el Cine* y *El buitre que se tornó calandria*, dos interesantes novelitas de Alberto Masferrer. Su lectura se recomienda a las mujeres, especialmente.

*

LÉASE el anuncio que en otra parte sacamos de la Biblioteca LILIPUT. Conviene conocerlo.

Hemos recibido ya los tres primeros tomitos de la que será notable serie:

Ricardo Palma: *La Limeña*. París, 165 págs.

Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuaresmas del Duque Job*. París, 142 págs.

Las mejores coplas españolas. Selección de V. García Calderón. París, 176 págs.

*

OTRAS publicaciones recibidas:

Raúl de Cárdenas: *La política de los Estados Unidos en el Continente Americano*.—Biblioteca LA CULTURA CUBANA, Vol. III. La Habana, 1921, 288 págs.

Gregorio López Fuentes: *Claros de Selva*.—Editorial América Latina. México, 1922, 116 págs.

Salvador Merlino: *Canción de vacaciones*. Editado por el Grupo «Los Nuevos», Buenos Aires, 1922, 74 págs.

Mario Puccini: *Racconti Cupi*.—F. Campitelli. Editore. Foligno. Italia, 1922, 264 págs.

Alejandro Andrade Coello: *La Condesa Emilia Pardo Bazán*. —Quito, Ecuador, 1922, 24 págs.

The Institute of International Education. Notes and news on international educational affairs. New York, april 10, 1922.

Rafael Calzada.—*La patria de Colón*.—Buenos Aires, 1920, 258 pgns.

Diego Carbonell.—*Reflexiones Históricas y conceptos Históricos*.—Río de Janeiro, 1922, 304 pgns.

A. Hernández Cata.—*La voluntad de Dios*. Novelas.—Madrid, 1921, 322 pgns.

Ezio Levi. —*Figure della Lettera-*

tura Spagnola Contemporanea. Unamuno, Blasco Ibáñez, Concha Espina, Antonio de Hoyos, Blanco Fombona.—Firenze, Italia, 1922, 120 pgns.

Enrique Díez-Canedo. — *Conversaciones Literarias.* (1915-1920).—Editorial América.—Madrid, 1921, 284 págns.

Montiel Ballesteros.—*Alma nuestra.* (Cuentos). Cooperativa Editorial «Pegaso».—Montevideo, 1922, 240 págns.

Alberto Guillén.—*Deucalion, La imitación de nuestro señor Yo, El libro de las parábolas.*

Ricardo Jaimes Freyre.—*Historia del descubrimiento de Tucumán.*—Buenos Aires, 1916.

Darío Zúñiga Pallais.—*Alma de antaño.*—León, Nicaragua, 1921.

Edmundo Temple.—*Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy en 1826.*—Buenos Aires, 1920.

Luis Bertrand.—*Gaspar de la noche.*—Editorial-América, Madrid.

Enrique Federico Amiel.—*Diario Intimo*, versión de María Enriqueta. Editorial-América, Madrid, 1919.

Alberto Ghiraldo.—*La canción del deportado.* Madrid, 1922.

Luis Enrique Osorio.—*Sed de justicia.*—Bogotá, 1921.

Alfonso Reyes.—*Simpatías y diferencias.* Tercera serie.—Madrid, 1922.

Luis Enrique Osorio.—*Novela de juventud.*—Buenos Aires, 1922.

BIBLIOTECA LILIPUT

[Publicada bajo la dirección de Ventura García Calderón.—Casa Editorial, Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard Saint-Germain. PARÍS].

¿No dijo ya con razón un escritor francés que han de ser muy breves los libros para sobrenadar sin hundirse en la corriente del olvido? Pocos son los que leen hoy día los doscientos volúmenes de Chateaubriand o de Voltaire; pero *Atala*, algunas páginas de las *Memorias de Ultratumba* o la historia de *Cándido* continúan siendo populares e inmarcesibles. Algo semejante ocurre en América. De la balumba de producciones románticas es preciso salvar algunas páginas admirables que yacían enterradas en periódicos o volúmenes rarísimos. Se impone ya una doble labor, que vamos a llevar a cabo: seleccionar y hacer revivir páginas olvidadas.

Pero no sólo ha de guiar estas selecciones una severa apreciación de valores literarios, sino que han de complacer al más exigente público, por la elegancia de la edición. Trataremos, pues, de que estos menudos libros, destinados especialmente a las mujeres de América, sean cada día más primorosos, por el buen gusto impecable de la presentación tipográfica y el lujo de las cubiertas.

Publicaremos poco a poco los más famosos cuentos y los más ilustres versos, novelas cortas y ensayos breves, obras de «clásicos americanos» y selecciones de contemporáneos reputados.

OBRAS PUBLICADAS

1. Ricardo Palma.—*La Limeña.*
2. *Las Mejores Coplas Españolas.*
3. Manuel Gutiérrez Nájera.—*Cuaresmas del Duque Job.*
4. Rubén Darío.—*Poesías líricas.*
5. J. Santos Chocano.—*Poesías selectas.*
6. Rubén Darío.—*Poesías épicas.*
7. José Martí.—*Madre América.*
8. Napoleón.—*Pensamientos.*
9. Bolívar.—*Páginas literarias.*
10. ALMAFUERTE.—*Obras:* Tomo I.
11. ALMAFUERTE.—*Obras:* Tomo II.
12. *Las Mejores Cartas de Amor.*
13. González Martínez.—*Poemas selectos.*
14. González Prada.—*Poesías selectas.*
15. *Los Mejores Cuentos Uruguayos.*
16. Rodó.—*Parábolas.*
17. Campoamor.—*Doloras escogidas.*
18. Enrique José Varona.—*Cervantes, Hugo, Emerson.*
19. G. Gómez de Avellada.—*Poesías escogidas.*
20. Leopoldo Lugones.—*El libro fiel.*

Todos los libros de la *Biblioteca Liliput* tendrán el mismo tamaño menudo; pero tres cubiertas diferentes: una con el título de la obra, sencilla y elegantemente impresa; otra que ostentará un hermoso dibujo a tres tintas; y otra que consistirá en una finísima encuadernación de piel que llevará, estampados en oro, una rosa y el nombre del autor.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica